

LA FUERZA DEL MUERTO

Madrid, Marzo 1958

La muchacha, viniendo a caballo por la carretera, se detuvo frente al portal de nuestra finca. Mi hermano Marcos salió a recibirla. Yo estaba asomado a la ventana con un libro de texto entre las manos, pensando en otras cosas.

Mi hermano la ayudó a apearse, trayéndola hasta casa a través del camino, sembrado lateralmente de robles. Con su brazo izquierdo rodeaba los hombros de ella. En el derecho traía arrolladas las riendas del potro. Venían charlando y riendo. El camino hacía un recodo en su centro, por lo que no pude verlos durante unos momentos. Tardaron más de lo necesario en rebasarlos, por lo que supuse que - como yo más tarde con María - se habían detenido a besarse.

Lidia y Marcos eran novios desde la niñez. Ella venía a caballo desde su casa, situada a cinco kilómetros de la nuestra. Sus padres eran ricos. Explotaban una cuadra de caballos en una hacienda de bastante importancia, vinculada por tradición a las cuadras y carreteras de la capital.

Eran defectuosamente ricos. No querían a Marcos, pero Lidia era hija única y ellos acabaron resultando demasiado débiles para resistirla.

Cualquiera habría resultado demasiado débil...

Ella tenía diecinueve años y él veintiuno. Era hermosa y fuerte y tenía empaque y serenidad de amazona. Era la única mujer que sabía montar - y por cierto maravillosamente - en todo el término de Laverna. Mi hermano hacía buena pareja con ella. Como un bergantín joven, batía mares de ensueño junto a los labios rojos de Lidia.

- Jorge - me gritó él cuando llegaron frente a la ventana, sacándome de mi aparente abstracción frente al libro - ¿Qué haces ahí estudiando en un día tan estupendo como éste?

- Ven con nosotros ¿quieres? - invitó ella, con su voz algo velada y su vivaz sonrisa en la boca - Vamos a casa de los Rivas.

A mí me ilusionaba ir allá, porque lo pasaba formidablemente. Eran nuestros vecinos más próximos y mis quince años se veían seria-

mente amenazados en su tranquilidad por los ojos negros de María Rivas. Soñaba con su fresca boca y con la suave tibieza de su piel morena.

Pero al día siguiente había de ir a la ciudad, presentarme en el Instituto y decir a los graves señores que componían el tribunal lo que sabía sobre el acetato de plomo, la división de la zoología o los sitios donde había más hulla en el mundo.

- No, gracias - les contesté - Idos vosotros. Yo tengo que pasar.

Ella sonrió - como siempre y como nunca, con su fuerte vitalidad siempre idéntica y siempre distinta - y Marcos agitó la mano, diciéndome adiós a un fuerte unísono, como acostumbraban. Luego, tomaron el camino que conducía a casa de los Rivas, siguiendo la pared de yedra del jardín. Me dejaron solo.

Como un rayo luminoso de recuerdos entre las cenizas nebulosas de aquellos mis quince años, conservo la imagen de su despedida. Unidos por los hombros, con los brazos respectivos en un semiabrazo de eterna nostalgia, se disiparon en aquella tarde de viejo sol.

Yo continué estudiando unos instantes y luego dejé el libro sobre la mesa, yéndome a merendar.

- - - - -

Laverna es una ciudad mediana y gris donde la clase media es el elemento triunfante. Pléyades de empleados salen por las mañanas a su trabajo y consumen las horas luminosas del día encerrados entre mostradores y encorvados sobre pupitres venerables.

El Palacio Consistorial, la media docena de iglesias en esta ciudad católica y aburrida, el Instituto capacitada para doscientos alumnos y albergador de trescientos, son los poderes civiles y religiosos, amén de culturales, que dominan, imprimiendo a la vieja villa un sa-

bor de nostálgica tristeza de otros tiempos más vivaces y fecundos.

Nosotros vivíamos a diez kilómetros de Laverna, en una casa de campo que heredó mi padre de los suyos. El, abogado de pleitos machacones, iba todos los días a la ciudad en un Ford de motor renqueante, que le había proporcionado más de un disgusto en la carretera, quizá media docena de parones desde que yo recordaba, sin que fuesen suficientes los esfuerzos de mi padre, viejo y avezado mecánico, para infiltrar vida en su rencorosa osamenta.

Mi madre suspiraba cada vez que oía hablar de los azares del viejo Ford y mi hermana Gracia solía decir: "Cuando yo sea mayor, papá no tendrá necesidad de ir a la ciudad y si la tiene, lo hará en un buen coche. Venderemos este trasto tan viejo y compraremos un coche maravilloso". Gracia tenía quince años y ser mayor en Laverna equivalía tener treinta años.

Mi padre trocaba su suspiro en sonrisa y acariciando su cabeza, nos miraba a Marcos y a mí, como reprochándonos nuestra indiferencia.

Yo tenía mis gigantescos problemas escolares, quince años como Gracia y sueños a realizar que no tenían nada que ver con el hecho de proporcionar un coche nuevo a mi padre o hacer que se quedara en casa encerrado en su despacho entre papelotes o tomando el sol bajo el emparrado de la terraza.

Y mi hermano Marcos tenía veintiún años, estudiaba febrilmente para ingresar en Aviación y... no estaba para nadie más...

Amaba...

Lidia Goyoaga existía...

El Ayuntamiento dormitaba, las iglesias dormitaban, el Instituto, los laverneses, la ciudad entera dormitaba...

Hasta que llegó... 1936.

La vida aburrida de Laverna se terminó. Empezó una vida de ansiedad, de torturante espera, de ávidas fuerzas que se iban diluyendo. Los hombres jóvenes afluyeron en bandadas a los cuarteles y fueron expedidos a los frentes en apretados vagones de ferrocarril.

Las autoridades iban a despedirlos a la estación, los padres, las madres, las novias. Lidia fué también. Marcos se iba. Y todos en el andén hubiéramos querido detener las ruedas de acero de la máquina que se llevaba algo tan nuestro...

- - - - -

Pasaron meses. Marcos, por sus estudios, fué rápidamente destinado al Centro de Aviación Segoviano, a más de setecientos kilómetros de donde nuestros corazones latían, esperando siempre sus cartas.

Siempre fué misterioso para mí, a pesar de todo, de sus cortos veintín años y de que yo le profesaba una enorme admiración, quizá por su temprano amor con Lidia y por la promesa que significaban sus estudios de aviación. A veces soñaba en voz alta, cuando estaba solo conmigo. Yo tenía la sensación de que quería morir muy alto, enganchado como un copo de sangre en la punta de una estrella. Tenía una manera especial de mirarme y sonreír, como si yo fuera algo posesivo de él, una Lidia masculino, algo firmemente entrañable.

Sus cartas eran breves, saturadas de pausas, porque no decía sino cosas amables, detrás de las cuales yo creía entrever las escenas de cuartel y las volteretas de los aviones en el cielo. El tripulaba ya un Junker-36.

Fué en 1938, a los dos años de guerra. Recibimos el parte azulado del Ministerio, "amargo y glorioso", como decía un catedrático del Ins-

tituto a quien yo apedreé una tarde. Marcos había caído en el frente de Teruel, derribado su avión sobre los campos grotescos donde se riñen las batallas.

- - - - -

Una larga pausa de tiempo...

- - - - -

Lidia y yo hemos penetrado lentamente en el mundo que nos dejó el muerto. Mejor dicho, ella me ha llevado de la mano a los sitios donde vivieron juntos, donde estuvieron juntos en noches cálidas, donde se poseyeron con la luz y el silencio, con la carne y la sombra...

Hoy tengo ya veinticinco años y ella veintinueve y hemos formado el viejo triángulo, porque yo he tenido precisión de casarme y de ser aviador, para tener hijos que lo sean también. Pero no quiero hablar del aire ni de los aviones, porque en ellos me siento más cerca de la estrella donde cuelga mi hermano.

Han pasado diez años y yo tengo mujer e hijo. María y Marcos se llaman. Y yo me siento también aquel otro Marcos que murió, porque Lidia lo ha querido así. Me llama igual que lo llamaba a él y yo siento que poco a poco me voy perdiendo en ese sueño poderoso y terrible que ha creado esa mujer para revivir a su amante muerto...

- - - - -

Madrid, Marzo 1958